

El garfio

isabella rossotto



Capítulo 1

Yacía en el suelo, el frío acero del garfio aún goteando sangre fresca. Sus dedos, antes firmes, ahora estaban inertes, manchados de un rojo profundo que se extendía lentamente sobre las baldosas. Sus ojos abiertos, llenos de terror, contemplaban el vacío mientras la vida se desvanecía lentamente. Nadie hubiera imaginado que un objeto tan sencillo, destinado a labores marineras, acabaría con tantas vidas. La habitación, antes llena de discusiones y reproches, ahora estaba en un silencio sepulcral, roto solo por el sonido de las últimas gotas de sangre cayendo al suelo.

La sangre brotó de su pecho cuando el garfio lo atravesó con una precisión mortal. El sonido sordo del metal perforando la carne resonó en la habitación, un eco de la violencia que acababa de desatarse. Intentó gritar, pero el dolor era demasiado intenso, y solo pudo balbucear una súplica apenas audible, que se perdió en la indiferencia de quien sostenía el arma. Su cuerpo, debilitado por la pérdida de sangre, se desplomó lentamente, y en sus últimos momentos, sus ojos encontraron los de su agresor, llenos de una mezcla de furia y desesperación.

Su mano temblorosa sostenía el garfio con una fuerza que no parecía propia. La respiración entrecortada y el sudor frío en su frente revelaban la batalla interna que se libraba en su mente. No había vuelta atrás. Los recuerdos de todas las traiciones, las mentiras y las promesas rotas lo habían llevado a este momento fatídico. Cada mentira, cada promesa rota, había sido un clavo más en el ataúd de lo que alguna vez fue su confianza. La decisión estaba tomada. No se detendría, no después de todo el dolor acumulado, no después de lo que había descubierto. El garfio, ahora un símbolo de venganza, reflejaba en su filo la desesperación y la determinación que lo empujaban hacia el abismo.

Habían discutido, y las palabras habían cortado más profundo que cualquier cuchillo. El enojo en su voz era evidente, cada frase cargada de veneno, pero nunca pensó que llegaría a tanto. Las palabras hirientes se intercambiaron como puñales, cada una más letal que la anterior, hasta que la furia creció en ambos, transformándolos en extraños. Algo dentro de él se rompió, algo que había mantenido su cordura a flote en medio de la tormenta. Y en ese momento, supo que no había más que decir. El silencio que siguió fue ensordecedor, un presagio de lo que estaba por venir.

Había encontrado el garfio en el viejo desván, olvidado entre los recuerdos de una vida pasada. Estaba oxidado, pero aún conservaba su filo mortal, como si estuviera esperando su momento para volver a ser útil. Lo sostuvo entre sus manos, pensando en los viejos tiempos, cuando su única preocupación era el mar y las olas, no las traiciones de la vida en

tierra firme. Lo que una vez fue una herramienta de supervivencia ahora se convertiría en un instrumento de muerte. Sentía el peso del destino en sus manos, un peso que lo aplastaba con cada pensamiento oscuro que cruzaba su mente.

Al despertar esa mañana, sintió que algo no andaba bien. Una intuición, una sensación de que el día que comenzaba no sería como los demás. El silencio en la casa era sofocante, como si las paredes guardaran un secreto terrible. No había señales de vida, solo una sensación creciente de peligro que se arrastraba en la penumbra. Se levantó con un nudo en el estómago, sabiendo que algo estaba a punto de cambiar para siempre. Cada paso que daba resonaba en el suelo, un eco de la incertidumbre que lo acompañaba. No podía sacudirse la sensación de que, de alguna manera, todo ya estaba decidido.

Esa mañana, había salido de la casa sin decir una palabra. El peso del resentimiento y la desconfianza lo había aplastado durante semanas, meses quizás. La relación se había vuelto insostenible, llena de desconfianza y resentimiento, y cada día era una batalla silenciosa por mantener las apariencias. Pero esa mañana fue diferente. Al regresar, encontró la casa en silencio, un silencio que no presagiaba nada bueno. Las sombras en las paredes parecían más largas, más oscuras. Nadie esperaba lo que sucedería después, pero en su interior, algo le decía que el final ya estaba escrito, y que el garfio, oxidado y letal, sería el instrumento con el que se sellaría el destino de ambos.